

ra revisar unos criterios de convergencia y cuotas que dañan nuestros intereses agrícolas, que constituyen un lastre para el desarrollo de un espacio propio de tejido industrial que sería lógico dado el carácter de nuestra producción, abriéndose así posibilidades de competir con los productos industriales de la Europa del Norte. España no puede ser tratada en las mesas de cupos pesqueros o agrarios de igual modo que países cuya producción en estos sectores es insignificante, pero esto ni se lo plantea nuestra actual ministra Loyola de Palacio que va a dejar escapar el control nacional de una producción tan importante como la de la leche. Todo ello es posible porque la consigna que tienen los ministros es muy clara, es la consigna de la partitocracia; Maastricht que no Europa a toda costa.

### Sin Defensa Nacional

La falta de una verdadera Política Nacional tiene una muestra evidente en el terreno de la Defensa Nacional. España es un país que dentro de unos años carecerá de una auténtica política militar. La ceguera o el plan es tan grave que en poco tiempo nos encontraremos con unas Fuerzas Armadas inefectivas, siendo posible no sólo la pérdida de territorios españoles fuera de la península sino la propia destrucción de la unidad de la Patria. La situación podría ser tal que España, por sí misma, no podría garantizar su soberanía e independencia.

Desde los lejanos tiempos de la UCD hemos asistido a una progresiva merma de la capacidad de respuesta de nuestras Fuerzas Armadas. Durante la égida socialista fueron varias las voces cualificadas que nos advirtieron que España no estaba en condiciones de defender Ceuta o Melilla frente a una hipotética agresión. Los denominados planes de modernización se han parecido más a ejercicios de subordinación, para algunos de depuración, que a auténticos programas de reforma militar. La ausencia de medios de nuestro Ejército es tan evidente que la instrucción a duras penas si serviría para algo en caso de combate real. Incluso el programa de dotar a España de una fuerza de intervención rápida se ha quedado simplemente en una agrupación de unidades en casos especiales y en el nombramiento de un general.

El Partido Popular parece dispuesto a dar el último empujón para el desmantelamiento de nuestros Ejércitos, en un proceso muy similar al que padecen numerosos países hispanos. La conversión de nuestras Fuerzas Armadas en un Ejército profesional puede acabar siendo una entelequia. Los costes reales supondrán que el presupuesto a duras penas si servirá para cubrir las nó-

minas de unas pocas unidades. España carece de un plan de defensa marítima, Canarias es un flanco descubierto, Ceuta y Melilla unas plazas sin defensa. El Partido Popular, dispuesto a vender cualquier cosa, ya ha sacado a la venta los cuarteles, muchos de los cuales van a pasar a ser objeto de especulación inmobiliaria.

Una Política Nacional demanda replantearse nuestra posición en la OTAN, y una de dos, o están aseguradas Ceuta, Melilla y las Canarias o por patriotismo el señor Solana debería presentar la dimisión y España abandonar la Alianza. Una Política Nacional requiere abrir un debate sobre el Ejército que queremos, cómo dotarlo de lo mínimo para que pueda ser efectivo y no para desfilarse una vez al año ante su Capitán General. Pero una Política Nacional verdadera exige un compromiso nacional con la defensa de la Patria. Este compromiso exige restaurar las virtudes del patriotismo entre nuestro pueblo, porque sin esas virtudes toda defensa es un imposible. Enseñar esas virtudes desde la escuela, desde los colegios es una necesidad perentoria si queremos seguir teniendo España. Porque solamente si los españoles aprenden a estar orgullosos precisamente de eso, de ser españoles, será posible una auténtica Defensa Nacional. Lo contrario será colaborar a la destrucción de España.

### Sin una política de regeneración

El gran mal de nuestro tiempo, la raíz de todo, es un problema moral. Nuestras sociedades caminan hacia la corrupción interior; son sociedades inermes que abjuran de todos los valores que tradicionalmente las han caracterizado. Existe una auténtica conspiración mundial destinada a crear un modelo de hombre distinto, uniforme, único, consumista, sin aparentes problemas, el hombre del mundo feliz. El hombre ciego, el hombre sin atributos incapaz de rebelarse ante la injusticia y el mal de nuestro tiempo.

España, como otros muchos países, ha sufrido el asalto de estas fuerzas, de una forma sibilina primero y de forma evidente en estos últimos años. Los españoles comienzan a no reconocerse, a no ser ellos mismos. Por eso la primera tarea de una Política Nacional auténtica tendrá como objetivo el rearme moral de nuestro pueblo, su regeneración, porque mientras no se regenere nuestro pueblo difícilmente se podrá regenerar la política, la economía... El problema real es que ningún gobierno lacayo de la partitocracia, y por tanto el del Partido Popular también, está dispuesto a asumir esta tarea. Es más, parece que están dispuestos a contribuir al desastre, y el gabinete de José María Aznar no quiere ser una excepción. ■

## TEMA DENUNCIA

Rafael GAMBRA

**M**E inspira estas líneas un reciente pase por TV de la excelente película de Michael Curtiz «Casablanca», interpretada magistralmente por Humphrey Bogart e Ingrid Bergman.

En un momento de la misma, cuando alguien quiere demostrar que el protagonista (Bogart) es un hombre noble y generoso aduce el hecho de que repetidamente ha luchado por causas justas y perdidas: en Abisinia contra los italianos, en España con los «republicanos» contra los «fascistas». Esto, hace más de cincuenta años cuando se filmó esa cinta, era ya un estereotipo mental, un axioma ambiental: unos eran los buenos, otros los malos, sin más.

Su repetición en mis oídos por millonésima vez me hizo reflexionar sobre el inmenso poder que hoy tiene la propaganda mediática, capaz de crear axiomas y de condicionar reflejos por tiempo indefinido.

**E**S sabido que en nuestra guerra los rojos gastaron cantidades inmensas en propaganda hacia el exterior: tenían dinero —todo el oro del Banco de España— y poderosas cajas de resonancia en el extranjero, reforzadas por la cercanía de la Guerra Mundial. Los nacionales no gastaron nada en esa clase de propaganda; ante todo porque carecían de medios y después porque los escasos con que contaban los concentraron en el único objetivo de ganar la guerra.

Recuerdo los meses invernales de 1938 que pasé a los 17 años de mi edad en el frente de la Sierra de Guadarrama con un Tercio navarro de requetés. Era un frente estabilizado y por las noches, cuando no aullaba un viento huracanado sobre aquellas altas cotas, solía reinar un silencio absoluto: incluso los ruidos normales eran apagados por la capa de nieve. Sin embargo, era frecuente, en las noches serenas, oír una potentísima megafonía instalada en las trincheras enemigas transmitiéndonos noticias o soflamas desmoralizadoras, sea sobre supuestos avances rojos en el frente de Aragón con una inminente toma de Zaragoza, sea sobre el cercano estallido de la guerra mundial que cambiaría por completo el ajedrez en España. Desde nuestro lado jamás oí, en nin-



*En los frentes de la guerra española era frecuente oír una potente megafonía que salía del lado rojo, sin respuesta en el lado nacional.*

Entre causas justas y pérdidas...

## Los buenos y los malos

gún frente, semejantes medios propagandísticos.

**L**A audacia de aquellas propagandas no conocía límites. Recuerdo también, recién acabada la guerra, haber visto un número de «La Vanguardia», de Barcelona, publicado en los primerísimos días de la contienda. A toda plana aparecían sendas fotografías de las catedrales de Burgos y de León. Encima, en gruesos caracteres: «El mundo tiembla», y debajo: «¡Estas dos obras de arte en poder de los facciosos!». (En esos mismos días casi todos los templos de la zona «republicana» estaban siendo incendiados o saqueados por las hordas marxistas y anarquistas, al paso que los de la zona nacional acogían el fervor de grandes multitudes que acudían a rezar por la «toma de Madrid» y por la victoria del Alzamiento).

Naturalmente, nadie en España creía esa propaganda porque era patente lo que estaba sucediendo en ese aspecto en un lado

y en otro. Pero esa propaganda salía al extranjero y se mezclaba hábilmente con otras dirigidas contra los nazis y los fascistas. Con lo cual ha atravesado más de medio siglo sin que la verdad se hiciera nunca luz en la mente de sus afectados, y ha llegado hasta nuestros días.

La propaganda masiva y bien orquestada llega a destruir la percepción misma de la realidad. Pongamos un ejemplo notorio de la Segunda Guerra Mundial: el exterminio de judíos que se atribuye a los nazis, del que tanto provecho compensatorio está obteniendo el Estado de Israel. ¿Cuál fue el número de los asesinados? ¿Sesenta? ¿Sesenta mil? ¿Seiscientos mil? ¿Seis millones? y ¿cómo fue la muerte de esas víctimas? ¿Por hambre y enfermedades debidas, en gran medida, a los atroces bombardeos aliados en los últimos meses de la guerra que desarticulaban las comunicaciones en Alemania? ¿O por cámaras de gases y hornos crematorios utilizados para ese fin?

Nunca en cincuenta años he recibido una respuesta a estas preguntas, siquiera sea

aproximada, pero dada con fundamento serio y convicción. Las he recibido para todos los gustos, dependiendo siempre de la condición o de las ideas de quienes las daban: de su nacionalidad, de su religión, de su situación en la guerra, de sus ideas políticas o sociales... De unos hechos relativamente cercanos y perfectamente investigables tiene hoy el común de la ciudadanía la misma idea que pueda tener de las costumbres nupciales de los hititas.

**D**E ese fabuloso poder de desinformación que posee la propaganda fuimos los españoles, desde el siglo XVI, las más notorias víctimas. Por entonces —y con fines obvios— se urdió en Europa una leyenda con base en los mendaces testimonios de Guillermo de Orange, del P. Las Casas y de Antonio Pérez. Desde entonces y para siempre los españoles somos «los malos» de la Historia, mediante una tergiversación completa de la misma.

Otro tanto se ha reproducido en nuestro siglo. Los que en julio de 1936 salían a defender la Religión y su Patria son, definitivamente, «los malos». Los que salían —puño en alto— a incendiar, a matar, a robar son, definitivamente, «los buenos». Incluso el Sucesor de Franco a título de Rey ha firmado la máxima recompensa imaginable a las Brigadas Internacionales que acudieron a apoyar a esos «buenos», y cuyo jefe principal fue quizá el mayor asesino de Europa en el siglo XX. ■

■ **La propaganda masiva y bien orquestada llega a destruir la percepción misma de la realidad.**

■ **De ese fabuloso poder de desinformación que posee la propaganda fuimos los españoles, desde el siglo XVI, las más notorias víctimas.**